

Entrevista al sacerdote Joseph Rodier (Padre Pepe) en torno a la personalidad, vida y obra de la apóstol y mística francesa Madeleine Delbrêl (1904-1964)

Elena Faccia Serrano

Alcalá de Henares (Madrid, España), 23 de mayo de 2018

Padre Pepe, hablemos un poco sobre usted, dónde nació, cuándo llegó a España...

Nací en París, en Montmartre, cerca de la Basílica, pero viví toda mi niñez y juventud en el corazón de París, cerca del mercado central, que se llamaba Les Halles, un mercado muy famoso en el mismo centro de París, en un barrio muy antiguo, donde hoy está el Museo Pompidou. Era un barrio popular, con mucha pobreza, muchos ancianos; la gente ignoraba por completo que hubiera tanta miseria y prostitución. Nuestra parroquia era Saint-Merri, una pequeña iglesia gótica muy bonita. Todas las casas que había alrededor eran burdeles.

Diría que hay tres cosas que marcaron mi infancia. La primera es la pobreza de los mayores, de los ancianos, la enorme soledad, el abandono a veces, en el barrio donde vivía. En mi mismo portal había abuelos completamente abandonados. Y muy cerca de mi casa visité ancianos que vivían en casas sucias, que apenas comían, y nadie se preocupaba de ellos. La gente, los turistas, me decían que París era la ciudad de la luz. Yo contestaba: "También de las tinieblas". No quería que olvidaran la miseria que hay en las grandes ciudades como París, Londres, o Berlín.

La segunda cosa que me marcó fue el ambiente nocturno del mercado central. Mis padres trabajaban en el mercado, de noche, y yo les acompañaba también a veces. Salían del mercado a las tres a las tres de la madrugada. Estaba muy metido en ese ambiente del mercado, en el que había clientes, trabajadores del mercado, mucha gente en los bares, una intensa vida nocturna. Como niño que era, me llamaba mucho la atención ver a tanta gente en los bares a las tres de la madrugada, la prostitución y todo lo que te puedas imaginar. Tuve la, bueno, no digo suerte, pero sí la gracia de Dios de que una pobre mujer que tenía un pequeño puesto de venta de melones, de fruta, que era una antigua prostituta que mi padre conocía muy bien, de la famosa Rue St-Denis y que se llamaba Emiliana –y digo su nombre porque ya ha muerto– tuviera mucha amistad conmigo. Yo era un niño, ella tenía una cierta edad y un día me dijo que su abuelo era sacerdote, que en su barrio de Charonne, cerca del mío, había conocido al padre Anizán, fundador de los Hijos de la Caridad, que vivió allí ocho años, a finales del siglo XIX. Emiliana había recibido el bautismo de manos de este sacerdote, al que consideraba como su abuelo. Me invitaba siempre a su casa, para que viera a su familia, para contarme algo de su vida. Ella vivía con un hombre, por supuesto no iba a la iglesia, pero para mí era la imagen de tanta gente del pueblo, pobre, humilde, que viven lejos de nuestras estructuras eclesiales, pero que tienen en su corazón el deseo de Dios, el deseo de cariño, de bondad, de acogida. Cuando me veía me consideraba un poco como su nieto. Así, gracias a ella, descubrí este mundo popular de mi barrio. Esto tiene algo que ver con Madeleine Delbrêl, porque Madeleine, siendo más bien de una familia de la pequeña burguesía, quiso vivir pobre entre los pobres. Sin obrerismo, no tenía que ser

obrero, no, no, pero sí pobre entre los pobres, ser pequeña, formar parte del mundo de los pequeños, de la gente que no cuenta, y hay muchos así en estas ciudades.

El tercer acontecimiento ocurrió en 1952. Yo estaba en el Lycée Charlemagne, en el centro de París, cerca de mi casa, cerca de la Bastilla, y tuve un profesor de filosofía, mayor ya, que se decía agnóstico, pero a pesar de la laicidad nos hablaba de una nueva iniciativa que estaba naciendo en las afueras de París, y nos leía artículos de un periódico que se llamaba *Témoignage Chrétien* (*Testimonio cristiano*), donde a veces se hablaba de Madeleine Delbrêl. Otro profesor, nada más y nada menos que Olivier Clément, que en 1952 se convirtió a la ortodoxia, hizo una sustitución y durante unos meses nos dio clases de Historia. Era un hombre extraordinario. Después de las clases, para respetar la laicidad, en la calle, o camino del metro, nos hablaba de su fe, nos hablaba de los autores rusos, sobre todo de Dostoyevsky, y de la belleza del cristianismo. Yo tenía 16 ó 17 años, vivía un poco en el caos, yo soñaba con un comunismo con Dios, fíjate, un comunismo con Dios. Olivier Clément nos ayudó a descubrir el engaño de los países socialistas: él hablaba con franqueza, los conocía bien siendo él socialista, pero sabía criticar también el comunismo de los países del Este. Siempre nos decía que teníamos que caminar hacia un cristianismo de pequeña minoría y llevar en el corazón –esto se me ha quedado grabado para toda la vida– "un pequeño monasterio" para encontrar a Dios. A mi edad no entendía mucho todo esto, pero se quedó grabado en mi corazón y diría que ha marcado toda mi vida.

Esto para responder un poco a la primera pregunta. Procedo de una familia de origen cristiano, aunque poco a poco se fue separando de la Iglesia. Mi padre decía que el cristianismo era un fracaso. Y mi madre era creyente, pero no amaba mucho a la Iglesia, a los sacerdotes no eran muy amigos. En fin, ellos respetaban totalmente mi vocación, pero les era muy difícil tener confianza en aquella Iglesia.

¿Cuándo descubrió usted su vocación al sacerdocio?

La vocación al sacerdocio la tuve desde muy pequeño, con 7 u 8 años, cuando tuve un periodo religioso. Mi hermana me decía que era demasiado místico. Quise entrar en el coro de la catedral, la catedral de Notre-Dame, que no estaba lejos, pero el ambiente me decepcionó. Yo seguía pensando que tenía una vocación al servicio del pueblo y de la Iglesia, pero durante unos años aparqué totalmente esta idea y viví momentos muy difíciles en mi juventud, con una vida un tanto caótica. Tras un periodo de misticismo lo dejé todo, porque la Iglesia me había decepcionado totalmente. Fue gracias a Olivier Clément y al testimonio de Madeleine Delbrêl como volví a descubrir una Iglesia pobre, cercana al pueblo, una Iglesia apasionada por Dios y por el pueblo pobre.

¿Conoció usted personalmente a Madeleine Delbrêl, una figura que en España es muy poco conocida?

En 1950 una amiga de mi hermana, que tenía 17 ó 18 años y que vivía en la Porte d'Ivry me habló de Madeleine Delbrêl. Fue mi primer contacto. Me habló a mí porque sabía que yo tenía una cierta preocupación social, y también por la Iglesia, a escondidas, porque no me gustaba la Iglesia, pero en mi corazón Dios era importante, seguir a Dios era importante.

Un día conocí a un militante sindicalista, de la CFDT (Confederación Francesa Democrática del Trabajo), cristiano y militante, que trabajaba en la fábrica Panhard,

situada en la Porte d'Ivry, donde trabajaban otras mujeres, concretamente una amiga de Madeleine Delbrêl que se llamaba Monique Maunoury, nieta de un gran general, que vivía también en Ivry en la misma época en que vivió Madeleine. Era un barrio de chabolas. Hay que pensar que en Ivry hubo muchas mujeres de tradición cristiana que intentaron vivir cerca del pueblo en esa época. Madeleine no era la única. Pues bien, este militante, un día que estaba cenando con él en un pequeño restaurante popular, me dijo: "Tenemos suerte en Ivry con las chicas de Ivry, que nos ayudan". En su lenguaje él llamaba "las chicas de Ivry" a Madeleine y sus compañeras. Una noche me fui a Ivry – recuerdo que era Navidad– para ver a Madeleine Delbrêl, en la iglesia de San Pedro y San Pablo... no hablé con ella, la vi solamente en la vigilia que había en la iglesia. Me di cuenta que en el ayuntamiento, que está al lado de la iglesia, colgaba la bandera rusa. Me dije a mí mismo: "¿Quién puede evangelizar Ivry, quién puede anunciar a Jesucristo en un mundo que está entregado, aparentemente, al comunismo?". Para mí esa era la gran pregunta.

Después tuve un encuentro, siendo ya seminarista, con Madeleine Delbrêl durante una visita a la parroquia de San Pedro y San Pablo, que era su parroquia, donde ella estaba con otros miembros del consejo pastoral. Nos hablaron un poco de la evangelización. Mi padre, que no era un hombre de iglesia, pero que era un hombre muy religioso y conocía a mucha gente que trabajaba en los mercados, tenía mucha amistad especialmente con italianos... a mi padre le gustaba mucho Italia, los italianos y... las italianas, la había conocido. Ahí, en el ambiente de Ivry, y en los municipios cercanos, Villejuif, Cachan, se hablaba de Madeleine Delbrêl. Siento mucho no haber podido hablar más con mi padre antes de su muerte, para que me contara más sobre cómo la había conocido. En mi casa, hecho curioso, la Iglesia no era muy querida, pero si se hablaba de Madeleine Delbrêl me escuchaban, porque veían en ella una mujer cercana, veían en ella una mujer de Dios. No sabían cómo expresarse, pero con mi madre y mi hermana –y con mi padre antes de su muerte– pude hablar de ella y Madeleine Delbrêl era para ellos una referencia, una mujer que vivía el cristianismo fuera de las grandes organizaciones eclesiales, pues no era una militante, no entró en ningún movimiento. Quería ser Cristo en medio del pueblo. No trabajar por Cristo, sino "ser Cristo y vivir desde Cristo", decía; ésta es una frase de Carlos de Foucauld.

También en la Congregación de los Hijos de la Caridad le hablaron de Madeleine Delbrêl...

Sí. Cuando entré en la Congregación de los Hijos de la Caridad –que es una congregación fundada por el padre Anizán hace cien años, en 1918, que trabajaba en los barrios pobres de París– el maestro de novicios nos hablaba de Madeleine Delbrêl. Había también un periodista que se llamaba Robert Morel, que escribía mucho sobre Madeleine Delbrêl y hablaba de la santidad de Madeleine... Estamos en los años 57-58... No conocí mucho, directamente, la personalidad de Madeleine Delbrêl, pero sí el entorno y todo lo que suponía su presencia en medio de este ambiente... Era una Iglesia nueva, que estaba naciendo, especialmente en Ivry y alrededores, con sacerdotes obreros también, y con militantes, y las chicas de Ivry. Recuerdo la cena de esa noche, en la que hablamos de todo esto, y ese militante dijo: "Por fin la Iglesia pobre". Fue impresionante lo que se vivió en esos años... cuando yo era joven, adolescente.

Los comunistas entraron en Francia en 1925. Ivry también era un municipio comunista, ¿verdad?

Sí, sí, totalmente cierto. En 1925 los comunistas llegaron al ayuntamiento de Ivry. Desde la Revolución tenía una tradición anticlerical, pero el comunismo entró en el 25 con Georges Marrane, el primer alcalde comunista. Era un hombre de peso e Ivry se convirtió en la capital del comunismo francés. Otro de los primeros municipios comunistas de Francia, desde 1929, fue Saint-Pierre-des-Corps, en las afueras de Tours. Hubo muchos municipios comunistas en los centros obreros, en el centro de Francia.

¿Cómo se relacionaba ella, cómo empezó su apostolado en Ivry?

Madeleine Delbrêl llegó a Ivry el 15 de octubre de 1933, día de Santa Teresa. Llegó con dos compañeras, que formaban parte de un pequeño grupo de scoutismo de una parroquia de París, Saint-Dominique, donde había un sacerdote excepcional, el padre Lorenzo. Era un sacerdote que había hecho el noviciado con los Hijos de la Caridad, con el padre Anizán, y que después, al cabo de tres años, se fue a vivir a Clichy, donde yo estuve de coadjutor. El padre Lorenzo era un místico, un sacerdote muy sencillo. Yo no le conocí personalmente –murió en el 58– pero he conocido sacerdotes que me han hablado de él. Un hombre excepcional, tímido, pero totalmente entregado... Madeleine Delbrêl dijo de él: "Hizo explotar en mí el Evangelio". Dijo que su segunda conversión fue con el padre Lorenzo. Era capellán de los scouts, chicos y chicas, y Madeleine Delbrêl era la responsable de los Lobatos. Del año 28 al año 33 fue su director espiritual. Él fue quien ayudó a estas chicas a descubrir la miseria del pueblo de París.

Madeleine Delbrêl era muy consciente de esta situación, que reflejaba en sus escritos, en sus poesías; y especialmente en los artículos que escribía para un periódico de los scouts, *La Route (El camino)*, en los que hablaba de las calles de París, del metro... A mí son cosas que me gustan mucho, porque soy parisino y por temperamento me encanta el tren, me encanta el metro y observar. Para mí es un lugar de contemplación, soy así. La gente se ríe a veces; bueno no, no se ríe, pero me dicen: "A ti te gusta rezar en el metro". Sí, me gusta rezar en el metro porque pienso en Madeleine Delbrêl, que en el metro, en el tren, miraba, observaba a la gente y al mismo tiempo tenía su rosario, rezaba y contemplaba. Era un lugar de contemplación para ella. La contemplación no se vive sólo en los monasterios, se vive también en el lugar de la vida cotidiana de los trabajadores, en el lugar donde van a trabajar, en la empresa, cuando cogen el metro, cuando vuelven por la tarde, a las 6, con el metro lleno, a tope; para ella allí está Dios.

Madeleine Delbrêl llegó a Ivry con dos compañeras. Ella era asistente social, otra era enfermera y la tercera trabajaba en un laboratorio de farmacia, las tres en Ivry. El párroco, que era un poco tradicional, les pidió trabajar en la misión de la parroquia, en un centro social que dependía de la parroquia. Madeleine Delbrêl empezó primero como asistente social allí, al servicio de esta parroquia, y la enfermera también. Mucha gente iba a verlas, era un poco como un centro de salud. Ellas visitaban a la gente, escuchaban a la gente, pero se dieron cuenta de que el cura quería que participaran mucho más en la parroquia. La parroquia suponía catequesis, círculo de formación, patronatos, chicos y chicas, los jueves por la tarde había que cuidar a los niños, había terreno donde se jugaba al fútbol, y campamentos en verano. Pero Madeleine Delbrêl se dio cuenta de que este mundo parroquial, que ella valoraba, no era su vocación, no era la vocación de ellas, y que debían salir de este ambiente parroquial y alcanzar también

el mundo no creyente, las calles de Ivry, al obrero sencillo, pobre. Hay que saber que en Francia, en los años 35-40, con el nacimiento de un comunismo fuerte, hubo mucho antagonismo entre cristianos y comunistas. Lo sé por el testimonio de algunos que decían: "Es fácil hablar de los comunistas, pero son otro estilo, hay que ser realistas". En Ivry todo el mundo conocía los comercios cuyos propietarios eran comunistas, y los que no lo eran. El partido decía que había que comprar en los ultramarinos o ir a los cafés que eran propiedad o eran gestionados por comunistas. Madeleine Delbrêl y sus compañeras quisieron entrar en contacto con este mundo, que ya conocían a través del centro social, y deseaban más libertad para poder desarrollar otro modo de evangelización. Creo que esto es muy actual; ella no era partidaria de los planes de pastoral que hacen muchos, que son necesarios, pero ella decía: "Hay que tener más espontaneidad y aportar a este mundo la prueba de que son queridos por Dios, que no son rechazados por Dios". Quería alcanzar el nivel en el que Dios habla a la gente. Porque Madeleine Delbrêl, que tenía una inteligencia excepcional, que observaba mucho –era una mujer excepcional, con una gran inteligencia; era poeta, escribía muy bien, una artista, tocaba el piano–, se dio cuenta de que en el municipio de Ivry había militantes, comunistas militantes, pero que la gran masa de gente sencilla tenía el carné del partido comunista porque al vivir en un municipio comunista si querías tener un piso de los famosos HLM (viviendas de alquiler de protección oficial) de la ciudad de París tenías que tener el carné del partido. Mucha gente no tenía una fe comunista muy profunda, pero decían que los comunistas eran buenos, trabajan bien en el ayuntamiento, aportaban cosas... Era un equipo municipal muy bueno, pero no todos eran militantes, totalmente entregados al partido. Madeleine era una mujer muy realista. Sus compañeras y ella, sobre todo ella, se dieron cuenta de que tenían que cambiar, por lo que se mudaron a la casa que aún existe hoy, en rue Raspail, que ahora es un pequeño museo y que quieren transformar en una residencia para personas que viven la espiritualidad de Madeleine Delbrêl; el proyecto ya está en marcha.

Rue Raspail era una casa grande, con jardín, un bajo, muy cerca del ayuntamiento y del mercado, y muy cerca del barrio más popular, más pobre, sobre todo más popular, de Ivry. Estaba en el centro neurálgico de Ivry. Es el mayor símbolo que tenemos de Madeleine Delbrêl, porque es el lugar donde vivió desde el 35-36 hasta su muerte, en el año 64. Sus compañeras siguieron viviendo ahí. Cada vez que yo, desde España, iba a Francia, iba a visitar a Susanne, una de sus compañeras, que vivía en rue Raspail y me contaba muchas cosas de Madeleine. Mis visitas a rue Raspail me han marcado mucho. Susanne murió hace unos meses; era una mujer excelente, extraordinaria.

Gracias a Madeleine Delbrêl y a sus compañeras, rue Raspail se fue convirtiendo, poco a poco, en un lugar de encuentro para todas las personas que iban conociendo en la calle. Todos sabían que podían ir a verlas para hablar con ellas, que estaban disponibles, después del trabajo, por supuesto, por la noche. Organizaban encuentros, diálogos, fiestas, bailes, de todo. Madeleine era una mujer de una vitalidad enorme, a la que le gustaba mucho la vida.

Pero Madeleine, de joven, adolescente, era atea...

Sí, a los 17 años era atea. Atea y decía: "Dios ha muerto, ¡viva la muerte!". Era discípula de Nietzsche, decía que el mundo era absurdo, el dolor de este mundo era absurdo, no podía creer en Dios. Cuando estudiaba, primero enfermería y luego asistente social, y después estudió también en La Sorbona y tuvo de profesor a León

Brunschvicg, un gran filósofo, en este ambiente juvenil, nihilista, estaba de moda decir que Dios no existía. Es la época de Nietzsche, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, del nihilismo francés, que venía de lejos, desde la Revolución francesa. Ella participaba en un salón parisino, un salón al que la invitaba un antiguo amigo de su padre, médico, que era totalmente ateo. Era un ambiente de un ateísmo total. Pero de repente se dio cuenta de que entre sus amigos había jóvenes que eran cristianos. Concretamente se enamoró de un joven de su edad, Jean Maydieu, y fueron novios casi un año y medio. Todos pensaban que iban a casarse. Pero Jean Maydieu, que era un joven periodista, de repente le dijo que entraba en los dominicos. Para ella fue un momento de depresión. Porque Madeleine Delbrêl tenía una salud muy frágil, tuvo depresiones a lo largo de su vida, pequeñas depresiones y, sobre todo, malestar. A veces tenía que descansar, tenía muchos dolores de cabeza que la obligaban a descansar. Sufrió mucho por sus padres. Su padre era un hombre que perdió la vista, trabajaba en la agencia francesa SNCF, era jefe de estación, pero en el año 49 tuvo que dejar el trabajo. Terminó muy mal su vida, ella tenía miedo de que perdiera la cabeza. Era discípulo de Montaigne.

Madeleine Delbrêl también bajó a los infiernos del mundo, sabía lo que es el infierno de la desesperación, tenía una gran vida mística. Leyó a santa Teresa, a san Juan de la Cruz, a Paul Claudel, François Mauriac, Baudelaire, *Las flores del mal*, es increíble la desesperación de Baudelaire... él era un poeta que también hablaba de la tristeza de París... Todo este ambiente me ha moldeado, este ambiente de París... Madeleine tenía miedo de perder la cabeza, como su padre; a veces se decía: "Mi fe es una ilusión, es un fantasma". Esto nos ayuda a descubrir la profundidad de la fe de esta mujer, la inteligencia de la fe de esta mujer, que tuvo que cavar profundamente, como Charles Péguy. Péguy decía: "María me ha salvado de la desesperación". Ella también leía mucho a Péguy. Era una mujer que decía que la vida se divide entre dos abismos: el abismo del rechazo de Dios y el abismo de la grandeza, de la belleza de Dios. Su conversión fue una conversión progresiva, sólo al final de su vida dijo a los estudiantes que el día de su conversión, parece ser que en marzo del año 24, fue "ébloui par Dieu", "deslumbrada por Dios". Esta palabra a mí me dice mucho, quedarse deslumbrado por Dios. Es un misterio tan grande que nos supera totalmente, que no podemos imaginar. Ella entró en la vida mística gracias al padre Lorenzo, quien poco a poco la ayudó a vivir con serenidad, con paciencia, la acción de Dios en su vida. Dejarse llevar por Dios. Ella solía decir: "No soy una activista, soy una mujer *agit par Dieu*, Dios actúa en mí". Para mí es el fundamento de la vida cristiana: llegar a Dios, dar espacio a Dios en nuestra vida. Dejarse hacer por Dios, esto te libera de la ansiedad; entiendes mejor un mundo descristianizado, entiendes mejor incluso a los ateos, muchos han pasado por la desesperación. Yo creo que esta conversión mística, profunda, de bajar a los infiernos del mundo, te ayuda a comprender, a estar más cerca de la gente desesperada, de la gente que opta por una vida de facilidad, de consumo... Si el mundo es absurdo, vamos a aprovechar, vamos a disfrutar de la vida y nada más.

El padre Lorenzo la ayudó a tener una vida mística, profunda, a vivir lo fundamental del evangelio. Ella decía que a veces no entendía muchas palabras del evangelio, pero que otros nos ayudan a entender el evangelio. Y el pueblo pobre nos ayuda a veces a entender frases del evangelio, con su fe sencilla en ese barrio de Ivry.

¿En qué año se ordenó usted?

Yo me ordené en 1961. Me enviaron a Clichy, un sitio al que tenía que ir Madeleine Delbrêl, aunque al final fue a Ivry. Fui a la parroquia de San Vicente de Paul, un barrio

pobre, popular. Tanto mi infancia, en mi barrio, como los cuatro años antes de venir a España que viví en Clichy, me han ayudado a estar cerca del mundo socialista, comunista. Una vez un militante comunista me llamó, su mujer había muerto. El entierro era civil, yo tenía permiso para ir a los entierros civiles, al cementerio y recuerdo que al final del entierro –la situación era un drama, era una joven madre de familia la que había muerto–, el hombre me dijo: "Somos bretones, de Bretaña, la iglesia nos pertenece, somos comunistas, pero todos a la iglesia". Entonces, tuve que improvisar. Fui a la iglesia con toda la gente que había en el cementerio, para rezar con ellos. Toda la gente del mundo comunista de Clichy fue a la iglesia: rezamos el Padre Nuestro, el Ave María, leí las Bienaventuranzas. Puedo decirte que detrás de gente así, que aparentemente está fuera de la Iglesia, hay maravillas de Dios. Dios les habla a ellos también. No podemos desesperar.

En el número 7 de la última exhortación del Papa Francisco, hay una maravilla porque refleja exactamente lo que intento vivir y lo que creo que he descubierto en Madeleine Delbrêl. *"Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. (¡Qué detalle más bonito, esto que dice el Papa!). En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad»" (Gaudete et Exsultate). ¡Qué bonito esto! Ahora mismo vivo en San Blas. Nuestros vecinos, -la abuela es cristiana-, para mí son santos, están siempre dispuestos a ayudarnos. La "clase media de la santidad" es una expresión de un autor francés, Joseph Malègue, que el Papa Francisco ha leído. El Papa tiene una gran cultura francesa. Joseph Malègue es un escritor de los años 30, del centro de Francia, que explica un poco la descristianización en esta parte de Francia, cómo se vive, el porqué la gente deja a Dios. Y habla de "la clase media de la santidad". Y Madeleine Delbrêl era esto, la "clase media de la santidad".*

Madeleine se adaptaba muy bien a todos los ambientes...

Sí. Cerca de su casa había un piso de mayores, en esa época se llamaba hospicio. Y había un hombre que se llamaba Jacquot, que iba todos los días a verla, se quería casar con ella. Todos se reían. Pero ella le dedicaba todo su tiempo, como hacía con el militante comunista del ayuntamiento, que iba a consultarla sobre los problemas que tenía. Era increíble cómo sabía adaptarse a todos los ambientes. No hacía distinciones entre los pobres de la calle y los militantes. A veces hacemos una Iglesia de élite, decimos que hay que formar militantes, para tener una élite de militantes. De acuerdo que a veces hay que formar militantes, pero creo que hay que estar cerca de la gente humilde, esa que no cuenta para nadie, que tiene que ser la conciencia de todos. Hay que estar cerca de todos, del militante, del sindicalista, del pobre hombre que trabaja todos los días, del abuelo del hospicio. Cuando murió Jacquot –él no tenía familia–, Madeleine quiso que el funeral se celebrara en la iglesia y después que fuera enterrado en el cementerio de Ivry, al lado de su madre. ¡Qué detalle más bonito! Este hombre está enterrado en el cementerio de Ivry al lado de su madre. Son detalles que revelan una mística que no era muy habitual en esa época. En esos años, en Francia, –son los años 50–, el mandato misionero era que había que ir a la conquista del mundo, había que formar militantes y reconquistar la clase obrera. Detrás de esto yo creo que había a

veces una tentación de triunfalismo. Conquistar al otro, una Iglesia que va a conquistar otra vez a la clase obrera, a los obreros. No, Madeleine Delbrêl decía, "no, yo no quiero conquistar a nadie, voy a vivir de tal manera que tal vez me pregunten: ¿por qué vives así? ¿Quién te ayuda a vivir así en tu corazón? ¿De dónde sacas tanta fuerza?". Es un pregunta que yo hago a mucha gente en mi actividad pastoral. Hay mucha gente en nuestros barrios que vive de Dios, gente sencilla, gente que enferma, que tiene muchas preocupaciones. "¿De donde sacas tanta fuerza, mujer?", le pregunto a veces a una mujer que se llama Josefa, del barrio de Getafe. Sé de donde saca la fuerza porque es creyente. La saca de la oración.

¿Cuándo llegó usted a España?

Yo llegué a España a finales de 1964, con el encargo de ver y trabajar en el barrio de Vallecas. Monseñor Casimiro Morcillo, que era el arzobispo de Madrid en esa época, era muy amigo de los Hijos de la Caridad a través de un sacerdote que estaba en Roma y que escribió mucho sobre la Acción Católica de la infancia, el padre Courtois. Monseñor Casimiro era un hombre más bien tradicional, pero quería que los Hijos de la Caridad fueran a Vallecas, que en los años 64-65 era un barrio muy pobre. Dos compañeros vinieron antes que yo, en el año 62 y 63, yo a finales del 64. Me instalé en el 65 en el barrio de Sandi, una colonia entre Palomares y Vallecas. Recuerdo que había una mujer excelente, Guadalupe –ahora es muy mayor, está en una residencia– que era el alma del barrio. Animaba a todas las mujeres. No había centro de salud, no había escuelas, no había médico, las calles no estaban asfaltadas, las casas eran bajas. No había agua. Venía un camión que traía el agua. La situación era muy dura. Esta mujer pequeñita, menuda, extremeña de Plasencia, que era madre de tres hijos –su marido trabajaba en Pegaso– era el alma de la calle donde vivía. Yo pensaba en Madeleine Delbrêl. Una vez le pregunté: "Guadalupe, ¿de dónde sacas tanta fuerza? ¿Por qué tienes tanta irradiación? Todos van a verte". Todos la llamaban Saturnina, no sé por qué. Ella me respondió: "Pepe, no puedo ir a misa todos los domingos porque tengo tres hijos pequeños, pero cada mes leo la Pasión de Cristo y esto me da fuerza para todo el mes". Era la Madeleine Delbrêl del barrio. Madeleine hacía lo mismo, leer la Pasión le daba fuerza. Hay gente que saca fuerza de su debilidad. Madeleine era muy inteligente, pero muy débil a nivel de salud, tenía muchas preocupaciones, pasaba noches sin dormir. Los místicos viven contradicciones en su interior. Ser discípulo de san Juan de la Cruz no es fácil. Ni de santa Teresa tampoco. Madeleine leyó mucho a santa Teresa. Y también a Blaise Pascal. "No hay alegría sin crucifixión", decía. Hay que pasar por la crucifixión.

Del mismo modo que hay que llevar la alegría profunda de la fe, hay que vivir la crucifixión sin desesperarse, con una cierta serenidad. Y transmitir confianza en las situaciones más difíciles de la vida.

¿Por qué le mandaron a Vallecas?

Mis superiores me mandaron a Vallecas para formar a unos seminaristas que querían trabajar en el mundo obrero. Yo vivía en la parroquia y, al mismo tiempo, en un piso en el que había tres seminaristas. Estuve diez años en Vallecas y unos cuantos años en Getafe. Volví a Francia durante unos años y en 1993 volví a España, por lo que llevo en este país casi 45 años. Siempre me han acogido muy bien en Vallecas. Era muy joven

cuando llegué, tenía 29 años. Nací en el 35. Era una locura, pero mi superior me dijo: "Vamos adelante, vamos a Vallecas". No sabía mucho español, no había estado nunca en España, tuve que aprender rápidamente el idioma. Había un ambiente muy cordial, muy vital, de mucho cariño por parte de los sacerdotes que ya había, que nos acogieron muy bien. Estar con gente tan pobre, tan sencilla, era apasionante, porque nuestro trabajo era místico y social. Madeleine Delbrêl decía que nunca se puede separar lo místico de lo social, ni lo social de lo místico. Esta también fue una aportación suya. La tentación de algunos sacerdotes era trabajar sólo en lo social, la eficacia. No, ella no buscaba la eficacia inmediata. Ella quería salvar a este mundo y decía: "Es una alianza de salvación, soy cristiana en medio de ellos no sólo para que sean felices, no sólo para que tengan escuelas, centros de salud; estoy aquí porque quiero que entren en el cristianismo, para la vida eterna". Madeleine habla mucho de la vida eterna. Decía que no podía hablar a la gente sin decirle que caminamos hacia la vida eterna. A partir de su conversión el tiempo cambió para ella: la eternidad entra en lo temporal, la eternidad entra en el tiempo. Esta es la clave de todo.

Madeleine Delbrel era una mujer que tenía mucho miedo a la muerte. Tenía tanta vitalidad, era tan apasionada de la vida, que tenía miedo a la muerte.

"Salvar al mundo no es darle la felicidad, es darle sentido a sus penas, darle una alegría que nadie pueda arrebatarse". Cuando la mujer va a dar a luz sufre por los dolores del parto. Y cuando ha nacido el hombre, se alegra mucho. Esta alegría, dice Jesús en el capítulo 16 de san Juan, "nada ni nadie puede quitárnosla".

"Hemos de luchar contra las miserias y las desgracias que Cristo ha tomado en serio, para ser juzgados en el último día según la ayuda que hayamos aportado. Hemos de recordar que más allá de todo esto, no se trata de un segundo paraíso terrenal, sino de la vida eterna". Creo que a veces esto falta, en nuestra Iglesia aquí en España, pocos sacerdotes hablan de la vida eterna. Y si se hace, en los funerales, es de manera un poco superficial. Hay que insertar la vida eterna en nuestra pastoral, hoy. La gente con la que vivimos está llamada a la vida eterna, el más pobre de mi barrio, el más desvalido, forma parte de la familia de Dios. Esto es muy importante, es una concepción del tiempo que tenía Madeleine Delbrêl, que cambió a raíz de su conversión. Con Dios presente todo cambió para ella.

Era una mujer que no buscaba el éxito, ni el reconocimiento...

"Se trata de vivir una fe cercana, aceptar aparecer como gente insólita y original". Madeleine no tenía miedo de parecer insólita, esta es la pobreza del pobre. Del pobre que sabe que la gente se ríe de él. Hay gente que se ríe de ti, de tu forma de ser, de vestir. Renunciar al poder, renunciar al éxito. Ella no buscaba su éxito. La Iglesia de hoy quiere tener éxito. Esto no es evangélico. La palabra éxito no existe en el Evangelio. Somos lo que somos, debemos dejarnos llevar por Jesucristo, tenemos que aceptar a veces la humillación. Aceptar ser una minoría, pero como dice Madeleine, la minoría no es un residuo. Es una minoría que habla a la gente. Podemos ser pocos, como actualmente en España, una Iglesia de minoría, pero tenemos algo que decir. Y no tenemos que tener miedo a hablar, miedo a interpelar.

En Francia, durante los años 50, se hablaba del "*enfouissement*", de enterrarse en el mundo pobre y callar. Bueno, algunas vocaciones son así, en un monasterio. Madeleine Delbrêl decía: "Sí, enterrarse, ser pobre entre los pobres pero hablar, dar cuenta de nuestra fe". Y aceptar la confrontación. Ella cuenta que una vez, en una reunión con militantes comunistas, uno le preguntó: "¿Tú crees en la vida eterna? ¿Tú

crees que Jesucristo está vivo?". Ella respondió ante cincuenta personas, afirmando la resurrección. Nadie creía en ello. Era como san Pablo y los atenienses. Para mucha gente esto es inconcebible.

Madeleine Delbrêl era consciente de que la fe, para mucha gente, era algo impensable. Esta era su gran preocupación: cómo volver a dar espacio a Dios en este ambiente de nihilismo. Como sucede hoy. Pienso en mis sobrinos, en su ambiente; no han oído nunca hablar de Dios. Dios es impensable para ellos, les es imposible pensar en la noción de Dios.

En el año 53 dijo: "Se habla a veces de la incurable vejez del cristianismo. Dios es siempre joven. Y una de nuestras peores miserias es la de presentar a Dios como un anciano inquieto ante la novedad".

"La fe no es un contrato intelectual, sino la alianza en la vida y para toda la vida, tal como lo expresó la Virgen María: 'Hágase en mí según tu palabra'". Año 57.

"Para devolver a Dios al mundo, hay que hacerle presente sin buscar la grandeza". Es decir, sin buscar éxito. La Iglesia quiere que se hable bien de ella. No, no, la Iglesia es el siervo sufriente. En la espiritualidad de Madeleine está muy presente la imagen del siervo sufriente del profeta Isaías.

"No se habla de Dios con definiciones. El término Dios es intraducible en nuestros ambientes". Intraducible, decía ella. "Para evangelizar hay que aclararlo, acercarlo, hacerlo presentir. Es preciso dar testimonio de él mediante toda una actitud de vida, con nuestras opciones, con actos concretos que suplen a alguien invisible, pero vivo; intangible, pero que actúa".

Se habla de solidaridad y eficacia, pero Madeleine nos habla de bondad.

La bondad del corazón, esto es algo imprescindible en la espiritualidad de Madeleine. "La bondad del corazón que viene de Cristo, dada por Él, es para el corazón no creyente o indiferente el sabor desconocido de Dios".

Es impresionante la frase...

Sí, lo es. Cada vez más a menudo, en la predicación, digo a los fieles cómo pueden descubrir la bondad de Dios. Piensan que Dios es malo porque hay enfermedades, todo lo malo que pasa... La gente me lo dice, en el bar me lo dicen: "Tu Dios no existe". Pero cuando ven a un hombre bueno, descubren algo. Esta es mi experiencia en mis 57 años de sacerdocio. La bondad siempre llega al corazón. Esto para mí es fundamental. La bondad del corazón que viene de Cristo, dada por Él, es para el corazón no creyente o indiferente de hoy, el sabor desconocido de Dios. Madeleine llega a decir que el motivo de la descristianización en Francia había sido la falta de bondad del clero y de los cristianos en las parroquias. Uno de los motivos, hay otros, claro; pero indicaba la falta de bondad y acogida por parte de la Iglesia de Ivry, o de Clichy, en todos esos barrios populares, de toda esa gente que venía del campo, que venía del centro de Francia, todos trabajadores del campo, campesinos, que venían a la ciudad porque había trabajo. La Iglesia no supo recibirlos bien. Y la Iglesia de Ivry, concretamente, era una pequeña comunidad muy encerrada en sí misma.

Yo lo veo en Getafe, donde he vivido casi veinte años. La gente de Getafe, que era un pueblo de 15.000 habitantes, ahora son 180.000, la gente de Getafe, el pequeño núcleo al lado de la catedral, dice, y lo hace con sencillez: "Todos los comunistas, todos los andaluces, los extremeños, han venido y han cambiado nuestro pueblo...". Algunos lo viven bien, pero otros aún sienten rechazo, son cristianos, y sienten rechazo porque

esta gente ha cambiado totalmente sus vidas, han venido con ideas nuevas. No se dan cuenta de que el mundo ha cambiado y que esta gente venía porque aquí había trabajo.

"No se anuncia el Evangelio a no ser que sepamos reproducir el corazón a corazón del cristiano con el Cristo del Evangelio". "Nada nos dará acceso al corazón de nuestro prójimo sino el hecho de haber dado a Cristo acceso al nuestro".

Madeleine decía que no somos nosotros los que convertimos. Mucha gente hoy día dice: mis hijos no van a misa, mis nietos... se culpabilizan. No, nada de culpabilidad. El mundo ha cambiado. Ya en su tiempo, en el año 53, el mundo en Francia había cambiado. Solo Dios convierte. Nosotros debemos preparar el terreno y dar espacio a Dios para que la gente pueda hacerse estas preguntas. Yo pregunto muchas veces: "¿Por qué vas a misa el domingo?". Cuando alguien te pregunta eso es muy bonito. "¿Por qué vas a misa?". Hay mucha gente que dice: "Pierdes el tiempo, el domingo es mejor que te quedes en casa con tus hijos, que te vayas a tu casa de campo... en la misa no vas a recibir nada". Y hay gente que te dice: "No puedo vivir sin la eucaristía, no puedo vivir sin ir a misa". Hay gente extraordinaria en nuestros barrios, en nuestras parroquias.

Madeleine decía "la miseria más grande es la miseria espiritual". Y ella era consciente de la miseria económica que había en Ivry.

"Un creyente es un hombre, una mujer, con una pequeña lámpara encendida por el amor de Dios, para iluminar las noches del pueblo humilde y tan sufrido". "En un mundo sin Dios, indiferente, hay hombres y mujeres que viven de Dios. Es este el gran misterio, algo sorprendente".

¿Qué pasó cuando estalló la II Guerra Mundial? Porque Madeleine estaba ya en Ivry cuando empezó la guerra...

Cuando estalló la II Guerra Mundial, Madeleine Delbrêl pasó al servicio del ayuntamiento de Ivry como asistente social. Como había un estado de guerra el ayuntamiento en pleno tuvo que dimitir, los comunistas dimitieron y el estado gestionó el ayuntamiento. Contrataron enseguida a Madeleine. Como tenía fama de mujer muy inteligente la nombraron enseguida responsable de todos los servicios sociales del sector, no sólo de Ivry, durante la guerra. Tuvo que organizar la marcha de mucha gente, de los refugiados. Mi familia y yo también tuvimos que irnos de París durante año y medio, al sur de Francia, por los bombardeos. Ella organizó la marcha de mucha gente desde las estaciones de tren. Trenes enteros de gente que se iba al sur de Francia, refugiados, como los de Siria de hoy en día. Nos íbamos sin saber bien qué iba a pasar. Me acuerdo que nos quedamos en Cahors, yo tenía cinco años. Teníamos una dirección de un pueblo cerca de Cahors, donde nos quedamos un año y medio como refugiados, con el poco dinero que mi madre tenía. Volvimos a París cuando la cosa parecía que estaba algo más tranquila.

Madeleine fue responsable de los servicios sociales durante los cuatro años de la guerra. Y cuando se produjo la liberación en el 44, volvieron los comunistas. Todos querían que Madeleine siguiera ocupándose de los servicios sociales. Incluso hace pocos años el alcalde actual de Ivry, que sigue siendo comunista, organizó en la sala de fiestas unas charlas sobre Jesucristo partiendo de Madeleine Delbrêl. Y un día nos dijo: "En el ayuntamiento nos hacen falta muchas Madeleine Delbrêl". Esto lo dijo hace dos años. Y hace tres años visitamos el ayuntamiento y nos recibió la responsable de los archivos, admiradora de Madeleine, un viernes por la tarde en el salón del ayuntamiento, después del trabajo. Nos enseñó las cartas de Madeleine y vimos el

ejemplo de una mujer que, cuando había bombardeos en Ivry, escribió al alcalde para explicarle todos los pasos que había que dar, porque fue ella la que organizó todos los servicios de emergencia y ayuda para la población. Una mujer excepcional. Esta archivera, una mujer de unos 50 años, nos dijo que Madeleine Delbr el había hecho muchísimo y añadió: "Os vais a extrañar, pero estoy escribiendo un libro sobre el papel de estas mujeres, tanto cristianas como comunistas, en el barrio de Ivry". En un momento dado nos dijo: " C mo me alegro de hablar con vosotros de Madeleine Delbr el!".

 C mo fueron los años de la guerra?

Los años de la guerra fueron años tremendos, de grandes contradicciones. Algunos comunistas estaban detenidos, estaba el gobierno de Vichy, y por otro lado la resistencia. Madeleine nunca entr  en la célula de resistentes, porque vio que su trabajo era la población de Ivry y organizar las ayudas. Organizaba trenes enteros desde la estación de Austerlitz, desde donde salían los trenes que iban al sur de Francia. Mi familia y yo también salimos desde esta estación. Algunos teníamos direcciones donde ir, otros no. Me acuerdo que en Vierzon, en el centro de Francia, por donde pasaba la línea de demarcación, los soldados alemanes nos hicieron pasar de un tren a otro, en plena noche, sin saber a dónde íbamos. Era un desastre. Ella vivió todo esto animando a la gente a luchar, a no desesperar. Se sabe que en el año 45, después de la Liberación, dimitió porque se dio cuenta que ya había hecho lo que tenía que hacer. Como su fama era muy grande querían que entrara en política, pero ella no quiso, por lo que en el 45 tuvo la valentía de dimitir. La gente se quedó decepcionada, porque pensaban que les abandonaba. Se necesitaba valentía para dimitir, tanto la derecha como la izquierda querían que entrara en política, porque era una mujer de talla y la querían en la Asamblea Nacional francesa. Era muy amiga del primer teniente de alcalde, Venise Gosnat, que era un amigo íntimo y que tenía una hermana que era carmelita. Los comunistas la querían mucho, decían que era una muy mala estudiante del marxismo, pero que era una buena mujer llena de bondad y eficacia, llena de gratuidad, que amaba al pueblo de Ivry. Y sabían que cada día iba a misa a la parroquia de San Pedro y San Pablo, con su misal lleno de nombres. La misa diaria era el corazón de su vida. La iglesia de San Pedro y San Pablo es una iglesia antigua, una iglesia pequeña y cuando murió todo el ayuntamiento, todos los consejeros municipales estaban en la puerta de la iglesia. Fue una fiesta enorme, una despedida impresionante.

Lo que me gusta de ella, en lo poco que he leído, es que escribe sobre lo cotidiano, sobre la santidad de lo cotidiano. Hay este poema, "Liturgia de los sin oficio", que me gusta muchísimo, es impresionante...

A ella le gustaba mucho bailar, era una mujer excepcional, el baile formaba parte de su vida, a veces lo organizaba en su casa, con la gente. En algunas ocasiones, el sábado por la tarde, iba a la Place d'Italie, a unos tres kilómetros de Ivry, en metro o autobús, iba a un bar que ya no existe –pasó hace dos años y ya no existe–, un bar grande que era lo que se llama en Francia un "*bar guinguette*". Los sábados por la tarde muchos parisinos iban a bailar con acordeón. A ella le encantaba ir a este bar que se llamaba *Claire de lune*. Decía que mucha gente iba a matar el tiempo, pero para ella era una liturgia. Es precioso leer esto...

Sí, dice "donde has querido ser Tú en nosotros durante algunas horas esta noche. [...] Entonces el café ya no es un lugar profano, un rincón de la tierra que parecía darte la espalda". Es impresionante como cuando Cristo está entre dos personas, los demás lo ven y cambia el lugar donde estás, ya estés en un bar, en un restaurante...

Esto me ha orientado mucho en mi vida. Porque desde niño, con mis padres, íbamos al bar. Ya adulto, primero como seminarista y luego como sacerdote, siempre iba a tomar café por la tarde. El bar es un lugar donde voy bastante. Tengo dos o tres bares donde voy siempre y escucho a la gente, que te cuenta sus cosas. El otro día, un hombre de Úbeda me recitó de memoria poesías de san Juan de la Cruz, de santa Teresa y me dijo: "Espero que con esto iré el cielo". Es increíble como en barrios pobres como San Blas, donde hay una gran concentración de pobreza, en un bar donde voy que está en la calle Amposta, que es una de las calles más pobres de San Blas, un bar donde a veces voy a tomar un vino, el dueño me dice: "A mi madre la gusta mucho la Virgen del Carmen. ¿Por qué no hay procesiones en nuestra calle? Somos tan pobres que no tenemos procesiones. Tenemos un poco de derecho de ver a Dios". Te dicen cada cosa que revela que Dios está dentro, que son presencia de Dios. No puedo prescindir de esto. Claro que hay un mundo hostil, pero la Iglesia en general en España tiene que dar este paso. El Papa habla de la "iglesia en salida", hay que patear el barrio, hay que ir a los lugares donde la gente se encuentra. Hay un bar donde voy con mi compañero, se llama Tupy 2, es un bar muy popular, que es el salón del pobre. Hago en San Blas lo que he hecho durante veinte años en Getafe, donde tenía mis bares para ir a tomar un vino y hablar con la gente. Cuando no iba, la gente me decía: "No te hemos visto, tienes que venir a tomar algo con nosotros". Hay que estar atento y escuchar en profundidad, porque no vamos ahí para pasar el tiempo, sino para escuchar profundamente, porque detrás hay sufrimiento. Hay un hombre, lo vi el otro día que fui a Getafe, que me dijo: "Cuando mi hijo murió –murió a los 15 años de una enfermedad–, tu compañero, que hizo el responso, lloró con nosotros. Mi mujer y yo nos acordaremos siempre que el sacerdote lloró con nosotros". Me lo dijo y se puso a llorar en el bar, delante de los hombres. Esto es el ser humano, la humanidad. La gente tiene muchas lágrimas.

Madeleine, tan inteligente, tan culta, que provenía de otro ambiente, que frecuentaba los salones de París, se puso a la escucha de este pueblo.

Para terminar quiero que me diga qué hay publicado en español de Madeleine, qué nos puede decir sobre el libro que ha traducido el padre Napo y que sale ahora en las librerías.

Madeleine Delbrêl ha publicado un solo libro en su vida...

¿Uno sólo? Parece que haya escrito muchos...

Sí, sólo uno. Lo que ha escrito es un montón de artículos, que se han recogido en libros. Ella escribió un libro en el año 57, *Ville marxiste, terre de mission*, en el que explica todo lo que había vivido desde el 33, año en que llegó a Ivry, hasta el 57. Es un libro apasionante, porque en este libro descubrimos la profunda fe de Madeleine, "la palabra Iglesia que quiero escribir en las mismas líneas en las que escribo la palabra Dios". Es

una mujer que ama a la Iglesia. Nos dice lo que ha descubierto en primer lugar en Ivry: una gran cantidad de gente que ella llama "silenciosa", que vive sin religión ni ideología militante. Como hoy. Hay que pensar que en esa época mucha gente no era del partido. Es un libro apasionante, en el que dice que la Iglesia es poco conocida, los sacerdotes menos aún. El párroco es considerado como el "representante de la ideología cristiana". La palabra caridad se identifica con la palabra "limosna". La población en general no se fía del idealismo cristiano. Al mismo tiempo, parece que la gran esperanza cristiana ha desaparecido de la vida de muchos cristianos. El ambiente parroquial a veces vive aparte de las grandes preocupaciones de la población, como el desempleo, la falta de vivienda, la soledad de los ancianos. Muchos consideran el cristianismo como "algo viejo", habla de la "incurable vejez del cristianismo". Dios aparece como un "anciano inquieto y dolorido". El hecho religioso es poco conocido, en los institutos, en las clases, un niño puede ignorar todo sobre Dios. Existe un laicismo y un ateísmo militante, especialmente entre los dirigentes comunistas y los profesores y maestros. Muchos piensan que los cristianos son indiferentes ante el dolor del mundo y de los pobres. Somos los "cristianos de la resignación". En Francia el proletariado ha nacido doloroso y exiliado, faltó la bondad, la acogida. Es un libro muy interesante, porque da muchos detalles sencillos, concretos, de una ciudad marxista. Es cierto que los comunistas han construido viviendas, han hecho cosas, un gran estadio, hacen fiestas, pero lo cierto es que la vida de la persona, humilde, pobre, no ha cambiado mucho. Hay que ser realistas, la vida en esos barrios no ha cambiado mucho. Lo he vivido en Clichy del 61 al 64. Yo intentaba ir las manifestaciones, a los mítines, a las fiestas; también viví la tentación del comunismo porque veía que había gente eficaz, que era organizada y veía que la Iglesia estaba muy en contra. Era un mundo hostil, como hoy. Faltaba este diálogo respetuoso, de escuchar lo que se vive, escuchar la voz del pueblo que es la voz de Dios. Claro que la gente tiene que educar a sus hijos, tiene que tener un buen hospital, un médico, tiene muchas preocupaciones y en todo esto está Dios. Había que aclarar esto, yo mismo no supe hacerlo cuando tenía 27-30 años. Me apasionaba el comunismo, pero al mismo tiempo veía, cuando iba a tomar el café al bar... Cuando llegaba Navidad organizaba con toda la gente una pequeña velada en el bar, la víspera de Navidad, y al final toda la gente cantaba los cánticos de Navidad: *Le Divin Enfant, Adeste Fideles...* Era gente sencilla, no iba a la iglesia, que estaba cerca. Había una separación. En Francia, desde la Revolución del 48, ha habido una incompreensión entre la Iglesia y la clase obrera. A partir de entonces el laicismo entró y la Iglesia no supo situarse. No digo que toda la culpa la tenga la Iglesia. Pero el mismo Monseñor Dupanloup, que era obispo de Orléans a finales del siglo XIX, que era un hombre liberal, terminó decepcionado. Fue el primer obispo en hacer un estudio sobre la descristianización en Francia. Murió decepcionado, tras intentar un acercamiento.

Madeleine publicó muchos artículos entre el año 32 y el año 64. En el 66 publicaron *La gente de la calle*, que es una recopilación de sus artículos. Luego publicaron *La alegría de la fe*. Ambos fueron publicados en español.

El libro que se publica ahora en español es de Bernard Pitaud, *Orar con Madeleine Delbrêl*, que recoge quince meditaciones de esta autora. Lo publica PPC Editorial. Padre Pitaud es el provincial de los Sulpicianos, que ha estudiado mucho la escuela mística francesa y es tal vez el mayor conocedor de Madeleine Delbrêl. Son meditaciones sobre la vida interior, la Eucaristía, el apostolado, la adoración, la oración, todos los grandes temas de la espiritualidad de Madeleine. Es un libro excelente para una persona que quiere entrar poco a poco en la mística de Madeleine Delbrêl.